

SOBRE JORGE GUILLERMO LEGUÍA

Percy Cayo Córdova

No fue Jorge Guillermo Leguía -lectura que frecuentamos durante los años de nuestra formación universitaria- un desconocido, pero si dejó de serlo cuando concluidos nuestros estudios doctorales, fuimos incursionando -bajo la orientación de José Agustín de la Puente- en la mejor comprensión de testimonios de nuestros prohombres de la Emancipación.

Entonces el recurso al *Boletín del Museo Bolivariano* fue obligatorio, y allí aparecía como director Jorge Guillermo Leguía.

Fue *El Precursor* de 1922, el que nos acercó más a él; ya no porque nos daba a conocer testimonios tan importantes como los que ha mencionado ha poco el Doctor de la Puente, sino porque constituía toda una interpretación del quehacer del notable clérigo chachapoyano en los días del Perú naciente.

Nos impresionó años más tarde, en 1975, la expresión exótica en el decir de don Jorge Basadre, cuando en sus Memorias -que llamara *La Vida y la Historia*- al relatar su presencia en San Marcos entre 1920 y 1929 -años en los que Jorge Guillermo Leguía no pudo estar en ella- lo llama, en subtítulo: “Mi hermano Jorge Guillermo Leguía”; expresión que en un Prólogo de enero de 1937 fue: “Durante 12 años, fue Jorge Guillermo como un hermano mayor para mí...”; cronológicamente Leguía llevaba 5 años a Basadre; mas queda claro la enorme admiración que el historiador de la República guardó siempre para nuestro homenajeado de esta noche.

Son varios los textos que nos hacen referencia al Conversatorio Universitario de 1919, vigorosa y palpable respuesta estudiantil, a quienes pretendían que la Reforma que éstos reclamaban en los claustros sanmarquinos, apuntaba a un querer estudiar menos, o a no estudiar.

Fue en ese ámbito, -Reforma Universitaria y Conversatorio Universitario- que hace su aparición como neo-devoto de Clío Jorge Guillermo Leguía.

Alejado de “capillas políticas”, el nombre de Jorge Guillermo Leguía ha sido, creemos, postergado como gestor de ese movimiento, que otros han reivindicado con algún éxito.

Leguía, Jorge Guillermo, estuvo en la primera línea de la Reforma, como que presidió -siendo alumno del tercer año de Letras, 1919- aquel movimiento estudiantil.

Mas -bien lo sabemos- a partir de mediados de ese año, convocado por su tío, el entonces presidente constitucional Augusto Bernardino Leguía, asumirá la Secretaría de la Presidencia de la República. Claro que mi afirmación no niega -no puede hacerlo ni lo pretende- mezquindar la participación de Porras, Sánchez o Basadre en aquella vibrante aventura estudiantil -académica y reivindicacionista-; por cierto no se trata de desmenuzar los hechos para compulsar preeminencias; en todo caso Jorge Guillermo Leguía nunca las reclamó; pero queda el irrecusable testimonio de que la primera Conferencia que se expuso en el Conversatorio el 10 de junio de 1919, versó sobre *Lima en el siglo XVIII*, y estuvo a cargo de Jorge Guillermo Leguía.

Lima en el siglo XVIII, es testimonio valiosísimo para penetrar en la vieja ciudad a la que Leguía -queda claro- quiso entrañablemente; muestra allí, en sus 23 años, la abundosa bibliografía a la que había recurrido: *El Mercurio*, en la edición de Fuentes, la *Descripción de Lima*, de Hipólito Ruiz, las *Memorias* de Miller -tan olvidadas también en este tema: el de su notable descripción de la ciudad y sus gentes-, la *Geografía del Perú* de Paz Soldán, el valioso artículo de Riva-Agüero *Un Cantor de Santa Rosa*, aparecido en el *Mercurio Peruano* -éste el tercero inaugurado por Víctor Andrés Belaunde en 1918-; Mendiburu, Polo (José Toribio), Juan y Ulloa, Palma, el Padre Cobo, Germán Leguía y Martínez, no hay anacronismo, me refiero a la *Historia de Arequipa*, de 1912, no a la *Historia del Protectorado* de su padre..., Pedro Peralta y Barnuevo, que obviamente no podía faltar, como sí faltan en esta lista necesariamente incompleta, muchos otros recursos bibliográficos a los que acudió Jorge Guillermo Leguía.

Pero aquí quedo en estas menciones que me han de dar pie a lo que me corresponde decir esta noche.

Dejo allí el siglo XVIII al que tan bien conoció Leguía y al que no podemos preguntarle hoy si se queda con la interpretación que sobre aquella centuria dio Riva-Agüero, en *Los 25 años de nuestro Mercurio*, o la que contrapuso Jorge Basadre en *La experiencia histórica peruana*.

A ambos admiró sin ambages; tal vez sus expresiones son, comprensiblemente, más explícitas para el caso de Riva-Agüero, al que llama “Mi maestro” en la Conferencia que lee en la Sociedad Geográfica el 10 de febrero de 1933 con motivo del Centenario del natalicio del tradicionalista Palma; allí en cierto momento expresa su sentimiento de retraerse a hablar de Palma, pues dice “el sabio crítico -ahora esa es su referencia al “maestro” Riva-Agüero-, con su abusiva erudición de siempre”, ha agotado el tema; referencia que ocurre al tratar del Palma tradicionalista; no sé si de “siempre”, como es casi abusiva la erudición mostrada hace poco por Oswaldo Holguín en su *Palma*.

De Basadre, creemos que la más significativa expresión salida de la pluma de Leguía está en las palabras liminares que escribió al aparecer la *Biblioteca Peruana* cuyo primer título -bien sabemos- fue *La Iniciación de la República* que conceptúa “obra inapreciable del joven y, aunque joven, ya sabio catedrático de la Universidad Nacional de San Marcos de Lima, Dr. Jorge Basadre”.

Lima fue tema de la predilección de Leguía; también la Lima republicana; hay verdadero apego a ella cuando menciona los paisajes urbanos; entre ellos las inmediaciones del Convictorio Carolino, al que tanto admiró junto a San Marcos; será al tratar del quehacer del notable Rector republicano de aquel centro: Bartolomé Herrera, que muestra su gozo en la descripción de aquel ámbito limeño.

Su admiración está vinculada a su identificación con aquellos espacios. En la revista *Varietades*, el 21 de mayo de 1930, una encuesta -¡ya las había!- a notables escritores limeños sobre ¿Cuál es en Lima su sitio preferido?, hallará por respuesta: “Sin vacilar” -la expresión es de Leguía- “Sin vacilar, el barrio de San Carlos”; Leguía había nacido allí, en “el Corazón de Jesús”; hoy -esto es nuestro-, entre Lampa y Azángaro, Jirón Apurímac cuadra 3, mirando en la práctica a la Iglesia de los Huérfanos; y sigue Leguía: “también he vivido en Juan Pablo” -la siguiente de Huérfanos, hoy cuadra 6 de Azángaro- y continúa, y ya no lo interrumpo: “he estudiado en el Colegio de Labarthe y en la Universidad de San Marcos, ya, sobre todo, por preferencias intelectuales. San Carlos fue el barrio donde moraron o se formaron los más grandes maestros y amigos de ayer: el Precursor Rodríguez de Mendoza, Sánchez Carrión, Vidaurre, Mariátegui, Bartolomé Herrera, José Gálvez; donde conocí a mis amigos de hoy y de siempre”.

Apabullante el recuerdo y bullente de reflexiones. De alguna manera aquellos fueron los personajes a los que con fruición -principalmente- estudio Jorge Guillermo Leguía.

Tal vez alguien haya percibido el énfasis puesto al leer “donde conocí a mis amigos de ayer y de siempre”.

Permítaseme una evocación de lo que significaba para Leguía, el reiterado contacto con sus personajes preferidos; de todos -creo no equivocarme-, el que más atrajo su atención fue Manuel Lorenzo de Vidaurre; y claro, terminó “amigo” de él; lo que sólo es un decir, pues 57 no son pocos años, y son los que separan el fallecimiento de Manuel Lorenzo, del nacimiento de Jorge Guillermo; licencia en los vocativos, pues hablo de la amistad que los unió.

Al acudir a refrescar la memoria -y qué bueno ha sido- sobre nuestro personaje, con variantes quienes lo conocieron y acudían y trabajaban con él en la Biblioteca Nacional, recuerdan que en alguna ocasión en el respetable recinto del viejo claustro jesuítico, ya Biblioteca Nacional del Perú desde San Martín -agosto de 1821-, se oyó estridente carcajada -irreverente para el ámbito en que ocurría- cuya magnitud y réplicas fueron tal, que acudieron a ver al impertinente autor del desaguisado; sentado en una escalera, con texto de don Manuel Lorenzo de Vidaurre en la mano, aún conservaba la sonrisa en los labios su “amigo” Jorge Guillermo Leguía; no hubo que solicitarle explicación alguna, pues al ver a quienes acudieron a él, dijo simplemente: “Pero que ocurrencia estas las de Vidaurre”.

Dicen por allí que es bueno para quien escribe biografías, adentrarse en el personaje; casi convivir con él resultaría indispensable para conocerlo mejor. ¿Pasaría esto entre don Jorge Guillermo y don Manuel Lorenzo? Vaya uno a saberlo, pero por si acaso, es verídica aquella anécdota que cuenta Basadre en el *Prólogo* a los *Estudios Históricos*, de Leguía: “y no fue broma de circunstancia el gesto de los amigos suyos que le agasajaron con un almuerzo en uno de sus cumpleaños y pusieron en la mesa, a su derecha, un asiento vacío que correspondía a otro de los personajes de esa familia intemporal que él se había escogido”. Ese “personaje” no era otro que Vidaurre.

¿Y cuál su contribución, aporte y posición ante nuestra inicial vida independiente?

Tiene una visión comprensiva de las dificultades de la ruptura con el régimen colonial.

De los hombres de la primera república su admiración va a Rodríguez de Mendoza -aunque fugaz en ella por su desaparición en 1825-, a Luna Pizarro y a Francisco Javier Mariátegui; sus simpatías más expresas van a Rodríguez de Mendoza, tal

vez por su encanto con el tema carolino, lo que se transparenta también al hablar sobre Herrera.

De los personajes civiles -perdonándoseme la brevedad de las menciones en honor del tiempo y en honor de que tampoco Leguía les dedicó mayor espacio-, no trepida en cierta censura a La Mar: “sólo al cuartel estaba orientado”, carente de talento político, lamenta que “su nombre inmaculado”, pudiendo ser un elemento de cohesión no lo fue por “su injustificable abulia”; más dura -aunque más breve- es su referencia a Orbegoso al que no trepida en calificar de “bobalicón”, a partir de expresiones que recoge de sus *Memorias*, que bien sabemos no concluyó; tal vez no fue más duro con uno y otro, para no justificar en nada a Gamarra, sobre quien recae sus más graves reproches; recogiendo palabras con que los carolinos -Herrera las pronunció- saludaron a Orbegoso en enero de 1834, Leguía las reproduce; dijo entonces el egregio cura de Lurín respecto de Gamarra: “Era un miserable en cuya compra se malgastó una parte del oro que buenos peruanos erogaron a la independencía”, calificándolo a continuación -ahora es Leguía, quien habla- “cusqueño traidor en Tarqui”.

Por allí se agotan los anatemas más duros que salen de la pluma de Leguía.

Porque debemos señalar tiene una posición muy integradora de personajes e instituciones a los que estudia.

Hemos repetido más de una vez su aprecio por Herrera, pero sin hacer cotejos, emulaciones ni analogías, proclama su admiración a José Gálvez; el ilustre cajamarquino, dice, es el “espíritu más completo y puro que ostentó el Perú en su primera *centuria* independiente”, calificándolo de “figura gigantesca”.

No hay dicotomía al presentar a Herrera y Gálvez; ni uno blanco y otro negro; ni bueno ni malo; ni maligno ni benigno, transfiere esa valiosa ecuanimidad de juicio, a las instituciones que respectivamente regentaron uno y otro San Carlos y Guadalupe: ni mejor ni peor; ambas contribuyendo muy cercanamente a preparar a quienes debían dirigir el país; cercanía que también proclama cuando recuerda que una y otra estaban tan próximas: en la Calle Chacarilla -a una cuadra de San Carlos-, nació Guadalupe.

Esa visión de admirable ecuanimidad se repetirá cuando rinde homenaje en sendas semblanzas a Palma y González Prada.

Palma es figura a la que admira con especial devoción; hemos recordado ya su discurso en homenaje al tradicionalista en el centenario de su nacimiento; las referencias a González Prada se encuentran fundamentalmente en el artículo que se le solicita en Panamá en mayo-junio de 1925, recién desterrado, y dispersas en alguno de sus escritos; en el texto dedicado al duro panfletario hay expresiones como: “apóstol”, “maestro”, entre ellas, que nos desconciertan por cuanto las encontramos precisamente cuando relata la aceptación, por parte de Prada, de la dirección de la Biblioteca Nacional, por renuncia de don Ricardo Palma a quien tanto -tantísimo- admira; tal vez el amor filiar se hace presente en ese episodio, por cuanto por Leguía, hijo -Jorge Guillermo-, nos enteramos de que quien “insinuó” al Presidente Leguía el nombre de Prada para la Biblioteca Nacional, fue Germán, el padre de nuestro homenajeado, primo hermano del presidente y entonces Ministro de Relaciones Exteriores.

Nos resulta difícil en la brevedad de unas palabras de recuerdo y homenaje explicar y entender ciertas expresiones de Jorge Guillermo Leguía, si no supiéramos -no debemos olvidarlo- que fueron dichas en mayo-junio de 1925, cuando su reciente exilio siguiendo a su Padre; no trepida allí en mencionar “la tiranía abyecta de Leguía...”, expresión evidentemente dura para su tío, entonces Presidente del Perú, en su primera reelección (aunque no sé si ahora auténticamente habría que llamarla así).

Todo hombre es hijo de su tiempo y su circunstancia; no hay para ello que traer a colación a Ortega y Gasset que tan bien lo explicó; por allí comprenderíamos la explosión verbal de Jorge Guillermo, desterrado entonces, junto a su padre, en Panamá, por adherirse a elementales principios democráticos.

También es admirable su comprensión respecto de Piérola y Cáceres; a ambos dedica sendos trabajos; nos entera -por lo menos a mí-, que recogiendo lo que Echenique cuenta en sus *Memorias*, siempre creí que fue el ex-presidente quien recomendó a Piérola ante Balta para Ministro de Hacienda- que fue Palma, secretario entonces de Balta, quien “hizo -son palabras de Leguía- al Perú el servicio inapreciable e inolvidable de revelar a Piérola”. Se refiere a proponerlo como Ministro de Hacienda.

Llama la atención sí, que al relatar este episodio, no trepida tampoco en calificar a Balta de “salvajote, pero bien intencionado”.

No es necesario en este auditorio recordar que no hay objetividad plena en el quehacer de la Historia; ¿lo habría en el de Jorge Guillermo Leguía? ¿lo habrá en

quien habla? Por cierto que no; ya hemos demostrado en un elemental ejercicio de crítica histórica, con relación al tiempo en que escribe Jorge Guillermo Leguía, como podemos explicar algunas de sus expresiones que aparecen como exabruptos... aunque merezcan -como lo merecen, a menos para quien habla- nuestra mejor comprensión.

No disminuye nuestra admiración, renovada al releer sus textos -ejercicio realmente placentero-, pero no podemos silenciar nuestro desacuerdo con algunas de sus expresiones..., aunque explicables dentro del contexto en que las enunció. Citamos

“Como Balta ha recurrido a los capitalistas extranjeros, desdeñando a nuestros plutócratas, éstos, impulsados por el despecho y la codicia, se proponen adueñarse del poder. Se constituye lo que el pueblo de Lima denominó la “Argolla”. Siendo menester un pretexto para la campaña electoral, se enarbola el del antimilitarismo. A los gobernantes del sable se quiere oponer gobernantes de bufete; a la mazorca militar hay que sustituir la facción de civiles. A tal facción se le da el nombre de Partido Civil”.

Texto de una Conferencia leída en Costa Rica, el 25 de octubre de 1925. Su título: *Anarquía, Castilla, Pardo, Piérola*. El tiempo en que pronuncia la Conferencia; el “tiempo” del que ésta se ocupa, podrían explicar tales expresiones. Asombran ellas por venir de quien en tantas oportunidades admiramos por su serenidad y sobriedad en sus juicios.

No nos cabe la posibilidad -aunque reparemos que no la hemos encontrado citada en sus escritos- de que no hubiera recurrido nunca a la *Revista de Lima*, donde la conocida como *Memoria de Jauja* le hubiere mostrado el temple intelectual del fundador del Partido Civil, doce años antes de su acceso al poder.

Si es menguada su percepción de lo que fue el civilismo -por lo menos de aquel primero en vida de Manuel Pardo-, nos escuece su arranque de violencia verbal cuando dice: “la revolución que pudo ser salvadora de los Gutiérrez”, que la hallamos en el homenaje a Palma, ya citado, de 1933.

* * * * *

Fue uno de los últimos trabajos que conocemos de Jorge Guillermo Leguía; le debió insumir junto a largas horas de paciente elaboración el enorme compromiso con una Casa a la que se sentía profundamente vinculado.

Es el Discurso de Orden que pronuncia en el General de la Universidad de San Marcos, la vieja Casa del Saber a la que tantos afectos lo unían, el 21 de junio de 1931 en su tricentésimo octogésimo aniversario:

“Un escepticismo extemporáneo y delictuoso barre estúpidamente los valores espirituales que en los grandes pueblos son considerados como nobles. Un hombre encogido de hombros refunfuñante podría ser el símbolo de nuestro actual estado de alma. Desdeñamos el ayer, que no es íntegramente desechable; aborrecemos el presente, que, con toda sus taras, no es para desesperar; y no queremos mirar cara a cara el porvenir...”, para añadir más adelante: “corremos el peligro de naufragar en un piélago de blasfemias; seguimos sufriendo esas crisis del respeto a que aludía el esclarecido Bartolomé Herrera cuando, desde estos patios riquísimos de evocaciones meditaba, dolorido y lúcido, en los males y remedios de la patria.

Nada lograremos con ese rictus mental. Nunca la flaqueza de la fe produjo éxitos insignes. Sin menospreciar lo ajeno, debemos estimar lo propio. Y así como las familias se recogen y superan al recordar lo ilustre y esclarecido de su linaje y en las raíces genealógicas encuentran y aprovechan las altas empresas, nosotros hallaremos, exhumando los timbres preclaros de nuestros antepasados en el descubrimiento de la verdad y en el ennoblecimiento de la vida, el estímulo poderoso y enaltecido que imprime la conciencia de considerarnos continuadores de una tarea fecunda y generosa y depositarios de un legado ingente”.

Aquel discurso fue un mensaje fundamentalmente a los jóvenes universitarios.

Él conllevó toda una convocatoria.

“Honrad, pues, el ayer; en él están las raíces de la patria y el propio arranque de vuestra vida y de vuestra potencia. La patria vive en la historia. Cultivad ésta: aprendedla, esclarecedla, amadla; os veréis y honraris en ella, y, con ella, a vosotros mismos: es vuestro manantial y vuestro espejo. Digo espejo, porque en él encontraréis y palparéis la Verdad. Los griegos representaban a la Verdad como a una doncella desnuda, con un espejo en la mano... La Historia es nuestro espejo; y así como sin un espejo es difícil que nos conozcamos a nosotros mismos, un pueblo no puede conocerse si no se ve en la historia. Sin el pasado,

mal se puede comprender el presente, tal como las especies vivas mal pueden comprenderse sin el estudio de las especies muertas»

Arenga a la juventud; llamado al sano orgullo del pasado; irrenunciable fe en el porvenir.

Consistente con su Mensaje, traza en el discurso sanmarquino del 31, el desarrollo de la noble y venerable institución. Reclama el rol que le corresponde a la Ciencia y la Cultura en la solución de los problemas nacionales.

Un viejo salón había escuchado 150 años ha, el brillante discurso de José Baquijano y Carrillo ante el Virrey Agustín de Jáuregui; era entonces otro el escenario de la brillante pieza oratoria cargada de lucidez y profundo contenido.

¡Qué vigor esperanzado en el Perú, hallamos en la pieza oratoria de Jorge Guillermo Leguía!; qué ejercicio de magisterio en momentos tan difíciles para el país.

Era junio de 1931; hacía menos de un año había caído el engreído autócrata de los once años, pasando el poder luego de tres días en manos del general Manuel María Ponce a Luis M. Sánchez Cerro, quien no hacía tres meses había dimitido, sucedido pocas horas por monseñor Mariano Holguín, luego por Ricardo Leoncio Elías hasta el Comandante Gustavo Jiménez, antes de que ocupara el sillón presidencial el sobrio David Samanez Ocampo; se había convocado a elecciones hacía muy poco, mas el país se veía convulsionado y negros nubarrones -que infelizmente se convertirían en violenta tempestad- presagiaban días nada buenos para la patria.

Y es en medio de aquella encrucijada en la que parecía no verse el final del túnel, que el joven historiador en sus 33 años, el alentador de la difusión en la historia patria de tantos prohombres olvidados, el cuidadoso profesor escolar que entrega -como lo había hecho su admirado maestro Carlos Wiesse-, textos escolares de exquisita calidad; el gestor de una visión solidaria de la historia americana, en libros que aún hoy nos causan excepcional admiración; el ilustre gestor del Museo Bolivariano alza su voz para imprecicar contra la desesperanza y la desilusión; para proclamar la irrenunciable fe en el mejor destino de la Patria.

Era difícil pensar así cuando parecía que ella vegetaba en la decadencia.

Claro que no fue el único en apostar por el porvenir.

SOBRE JORGE GUILLERMO LEGUÍA

Empezamos esta noche relacionando a Jorge Guillermo Leguía con don Jorge Basadre. Recordémoslos nuevamente juntos.

Era 1931, cuando también desde las prensas de la Editorial Rosay salía *Perú, problema y posibilidad*. Se unían los viejos camaradas, los fraternos amigos, también en la apuesta de un destino mejor para la patria.

Que los manes de Jorge Guillermo Leguía y sus tercas esperanzas en el porvenir, nos acompañen en estos días en que la patria pareciera asomarse a nuevo callejón sin salida.

En las palabras, la acción y la personalidad de nuestro homenajeado de esta noche, encontremos la energía indispensable para -como él- repensar nuestro Perú, pues quienes nos dedicamos a la Historia no podemos desechar las enseñanzas que nos dio Jorge Guillermo Leguía; ojalá, tal vez, por lo menos en las lúcidas lecturas que hemos hecho de los textos de aquel Maestro, nuestras palabras hayan tenido ese mismo sentido.

Gracias. □